

## CAPITULO VII

Vuelve á México el general Bazaine (4 de febrero.)—La resistencia armada.—Porfirio Díaz en el Estado de Oaxaca.—Uraga en el Estado de Colima.—Ortega en los Estados de Durango y Sinaloa.—Buenos efectos que produce la presencia del general Bazaine en México.—Escisión del alto clero.—Monsieur de Montholon.—Convención con el gobierno mexicano.—Cesión de las minas de Sonora á Francia.—El almirante Bouet-Willamez y la división naval del Pacífico.—El puerto de Guaymas.—El almirante Bosse en Veracruz.—Matamoros.—El comandante Cloué.—Circular del general Bazaine.—Mejora la situación.—Se anuncia la llegada de Maximiliano (30 de enero de 1864.)—Cartas del Archiduque al general Almonte (26 de diciembre de 1863 y 10 de enero de 1864.)—La delegación mexicana en las Tullerías (22 de octubre de 1863.)—Napoleón III al general Bazaine (15 de febrero de 1864.)—Votos públicos en favor del Imperio.—Debates en las cámaras francesas.—Santa-Anna sale de su retiro.—Acta de adhesión impuesta á él y á su hijo.—Su falsía.—Medidas enérgicas del comandante en jefe.—Santa-Anna se queja con Napoleón III.—Respuesta del Emperador.

El 17 de noviembre de 1863, víspera de su partida al norte, el general Bazaine se expresaba en los siguientes términos, respecto de monseñor Labastida, en carta al ministro de la Guerra: "El

gobierno provisional se encuentra dividido por consecuencia de la sistemática oposición que el arzobispo hace á todas las medidas tomadas para calmar las pasiones políticas y llegar á la conciliación. He hecho entrar al señor general Almonte por un sendero más liberal, le sostengo y llegaremos á apartar al prelado, que se vuelve imposible. Este desacuerdo no ejerce ninguna influencia en el ánimo de la mayoría de la población, sino que, por el contrario, acerca al gobierno algunos liberales que estaban apartados."

Tales optimistas apreciaciones no se habían realizado, como se ha visto; y la sistemática oposición del arzobispo se había cambiado en una guerra encarnizada, no solamente "contra esos dos individuos que tienen la pretensión de formar gobierno," como decía desdeñosamente, sino contra la representación del futuro emperador Maximiliano y contra la intervención.

Al recibir el general Bazaine noticia de estos hechos en su cuartel general, comprendió que era necesaria su presencia en México. Renunciando á continuar su excursión al norte, descendió rápidamente, por Salamanca y Querétaro, haciendo etapas de 15 y 18 leguas diarias. Entró en México la noche del 4 de febrero.

Motivo tenía para estar satisfecho con los resultados obtenidos por sus tropas.

En efecto: Juárez había tenido á bien trasladarse de Durango á Monterrey, aproximándose de esa suerte á la frontera de los Estados Unidos, que venía á ser su última base de operacio-

nes. Como supremo recurso, no tenía en torno suyo sino los 3,000 hombres de que disponía Doblado en Nuevo León.

Fuera de esta tropa, las fuerzas enemigas se reducían á tres grupos: el general Porfirio Díaz tenía el Estado de Oaxaca con cerca de 4,000 hombres; el general Uraga se hallaba al frente de 5,000 hombres en el Estado de Colima, y Ortega, el antiguo defensor de Puebla, ocupaba los Estados de Durango y Sinaloa con un cuerpo de ejército de 4,000 hombres.

Algunas bandas de caballería podían aún mostrarse en el interior de los puntos ocupados por el ejército francés; pero aparecían más bien como bandoleros que como enemigos, y se ocultaban pronto en las partes accidentadas del país cuando una de nuestras columnas les daba caza.

La situación militar había, pues, mejorado considerablemente.

El regreso á México del comandante en jefe produjo efectos igualmente buenos. En lugar del gobierno débil y desprestigiado de la Regencia, el alto clero iba á enfrentarse con un hombre enérgico, con un general victorioso. Comprendió cuán peligrosa le sería la rebelión, y, con espíritu de sumisión que tuvo el defecto de ser tardío, intentó aproximarse al gobierno. Los primeros en dar el ejemplo, que luego fué seguido en general, fueron el arzobispo de Guádalajara y los obispos de San Luis y de Puebla: monseñor Labastida se quedó pronto solo en la oposición.

M. Dubois de Saligny se había resignado, por

fin, á obedecer las órdenes del Emperador, embarcándose al efecto en Veracruz el 3 de enero. Su sucesor, M. de Montholon, había presentado sus credenciales al gobierno mexicano el 17 de enero. Importaba aprovechar ese cambio de ministro para el arreglo de ciertas cuestiones. M. de Montholon había, en efecto, recibido instrucciones especiales para entenderse con la regencia respecto del reembolso de los gastos de guerra, que se elevaban ya, para los años de 1862 y 1863, á la suma de 210 millones. Era nuestro derecho evidente y no fué discutido; por desgracia, la convención firmada para el efecto no pasó de letra muerta, debido á la falta de fondos.

Por la misma oportunidad, pensó el general Bazaine en satisfacer los deseos del Emperador, en lo referente á las minas de Sonora. Correspondencias llegadas de Guaymas anunciaban el arribo á esa población de compañías americanas formadas por aventureros y mineros que habían obtenido concesiones de Juárez. El general en jefe se apoderó de este pretexto y requirió al gobierno mexicano para que concediera á Francia las minas de Sonora. Se añadió á la convención un artículo concebido de este modo: "Como garantía de la fiel ejecución de esta convención, y en testimonio de gratitud hacia el gobierno del Emperador de los Franceses, el gobierno mexicano concede al gobierno francés la facultad de explotar todas las minas del Estado de Sonora que en la actualidad no estén explotadas ó denunciadas y le reconoce, para sí ó para sus con-

“cesionarios, el derecho de mantener, en el Estado de Sonora, tropas encargadas de la guarda de esas minas.”

El general en jefe escribió inmediatamente al contraalmirante Bouet-Willamez, que mandaba la división naval del Pacífico, para que vigilara especialmente el puerto de Guaymas y para que, al mismo tiempo y por la vía de San Blas y Guadalajara, ó por la del istmo de Panamá, le enviara los informes más exactos acerca de la situación de Sonora y de los centros mineros de Ures y de Arispe, fronterizos con los Estados Unidos.

Considerable era el papel de la marina en la expedición de México.

Toda la vida del país se encuentra, por decirlo así, en sus puertos, cuyas aduanas son las fuentes más seguras y constantes de ingreso. Nuestros marinos dieron pruebas de mucho celo y abnegación admirable: siempre sobre la brecha, se mostraron auxiliares excelentes, á pesar de los horrores de un clima terrible que causaba entre nuestras tripulaciones destrozos formidables.

El único puerto de comunicación con Europa del lado del Atlántico, que lo era Veracruz, hallábase bien guardado. El almirante Bossé mantenía casi siempre con muchos barcos en la rada de Sacrificios. Tampico, situado un poco más al norte, había recibido, en noviembre de 1863, una guarnición francesa que desembarcara allí en algunas chalupas y que allí se sostenía valientemente, á pesar de las enfermedades y de las defunciones. La exportación del dinero acuñado se hacía prin-

cipalmente por ese puerto y había parecido necesario ocuparlo para echar mano á los productos de sus aduanas.

Matamoros, situado en el extremo norte de México, sobre el gran Río Bravo, seguía siendo puerto libre. El general Bazaine pensaba hacerlo ocupar, á pesar de las dificultades del desembarco, durante los meses de invierno en que el viento del norte agita extraordinariamente las aguas. El almirante Bosse debió limitarse á vigilar esos parajes para prevenir el contrabando de guerra. Era por Matamoros por donde los confederados del sur recibían sus cargamentos de armas: de esa suerte la misión de nuestros cruceros se hacía tanto más delicada, cuanto que era difícil saber si las armas que entraban en Río Bravo estaban destinadas á los mexicanos ó á los sudistas.

En el extremo sur, Yucatán, insurreccionado desde hacía treinta años, trataba de aprovecharse de las perturbaciones para asegurar su independencia. El comandante Cloué se presentó en enero de 1864, con el “Magallanes” en Campeche. Esta población era rival de Mérida, donde se hallaba el general Navarrete. Este ofreció al comandante su concurso, quien lo aceptó; y ante esas fuerzas reunidas, Campeche abrió sus puertas. El resultado de esta audaz tentativa fué la sumisión de Yucatán y del pequeño ejército de Navarrete, que reconocieron el gobierno de Almonte y el voto de la Asamblea de Notables.

Gracias á la bravura de nuestros soldados y marinos, gracias á la inteligencia y á la energía

de sus jefes, iba resultando relativamente fácil el sometimiento del país; pero las dificultades comenzaban en cuanto se trataba de regularizar y de administrar la conquista. El general Bazaine había podido hacer constar, durante su campaña del norte, hasta qué punto eran los funcionarios mexicanos inferiores á su misión. Desde que volvió á México, se resolvió á colocarlos bajo la vigilancia directa de los generales y comandantes superiores franceses.

“El comandante superior—escribía á cada uno de sus delegados territoriales—tiene que ejercer una misión de vigilancia, sobre las autoridades administrativas; consiste en mantenerse al corriente de los actos del prefecto político, de los magistrados, de los agentes financieros, sin inmiscuirse en los negocios cuya dirección está confiada á cada uno de esos funcionarios y en dirigirlos con sus consejos.

“Vuelva vd. á leer el manifiesto de 12 de junio de 1863 y penétrese de su contenido. Nada ha cambiado en el programa que el Emperador tenía en esa época. Si el prefecto político comete faltas que comprometan nuestra política, es del deber de vd. señalarle el peligro, y hasta invitarle á suspender sus medidas si comprometen la situación, previniéndole que se me dará cuenta. En tales casos, vd. hará que me lleguen, sin demora, sus explicaciones detalladas, á fin de que yo pueda provocar en seguida la intervención del gobierno mexicano.

“Es preciso vigilar al clero, pero adunando la

prudencia con la firmeza: me reservo la resolución de las cuestiones que le conciernan; le bastará á vd., pues, darme cuenta de todo lo que sepa. Señale sin vacilación cuáles son los jueces que no aplican los principios relativos á nacionalización de bienes eclesiásticos.

“Cuando algunos miembros del clero pidan á vd. que ponga á su disposición los seminarios y otros establecimientos morales, examine atentamente si es posible satisfacerles sin perjudicar la instalación de tropas y las necesidades generales del servicio. Le autorizo para que, en ese caso, verifique la entrega de los establecimientos; pero haciendo bien observar que vd. otorga su goce provisional y no la restitución, que en modo alguno sería posible. Debe entenderse, por supuesto, que esta entrega se verificará respecto de los bienes que no han sido adjudicados ó vendidos y que han quedado como propiedad del Estado.

“El día primero de cada mes me enviará vd. un informe suscinto relativo á cada uno de los servicios administrativo y político.”

Estas instrucciones tenían la ventaja de dejar la cuestión de los bienes del clero para que las resolviese el emperador Maximiliano, limitando al mismo tiempo, en la medida de lo posible, los conflictos que eran de temerse.

Se aproximaba el momento en que la situación de Francia en México iba á dejar de ser ambigua y habria de recibir una solución. ¡Ya era tiempo!

La opinión de que se hiciera eco el general

Fleury, respecto de los propósitos del Archiduque, no sería confirmada por los hechos.

El señor Gutiérrez Estrada, gran promotor de esta candidatura, no había desesperado nunca del éxito final.

Sobre este punto no podría haber duda, gracias al documento que poseemos. Es una carta escrita por el señor Gutiérrez Estrada á un miembro del Parlamento inglés el 30 de diciembre de 1863 y que llegó, de una manera singular, á manos del general en jefe. Fué el coronel Jeannigros, comandante superior de Veracruz, quien, por medios que no declara, pudo proporcionarse la copia y quien la envió el 6 de febrero al general Bazaine.

En esta carta exponía el señor Gutiérrez Estrada los motivos de su confianza:

“El Archiduque, dígame lo que se quiera, no ha cambiado ninguna de sus disposiciones, no ha revocado nada. Lejos de eso, puede vd. tener por seguro que partirá en el mes de marzo próximo, época en la que podrá ser conocido en Europa el resultado del voto *general* (pero no universal) de la nación, condición única que él pone actualmente para su partida y que es para nosotros un hecho completamente seguro.

“Es de notar, en efecto, y esto nos tranquiliza completamente, que la cuestión de México se encuentra de todo punto separada del movimiento político general de Europa. Es un negocio manejado exclusivamente entre el emperador Napoleón y el archiduque, con la aprobación del empera-

dor su hermano, como jefe de la familia, pero sin la menor intervención del gobierno austriaco.

“Esta situación, favorable al Austria, en cuanto que pone á Venecia ó á cualquiera otra compensación fuera de discusión, tiene también un resultado favorable para la cuestión mexicana, á la que deja aislada en su terreno especial, puesto que Francia se encuentra ya en México y puesto que no tiene ante sí más solución que el trono del archiduque, haya ó no guerra en Europa.

“El buque austriaco que lleve á ese príncipe á México no será detenido, ni por Inglaterra, que verosímilmente será la aliada del Austria en las complicaciones previstas, ni por Francia que es quien lo conduce.

“Me parece que las ilusiones no tienen nada que ver con estas apreciaciones enteramente prácticas....”

Firme en su convicción relativa á la aceptación del príncipe, enviaba de París el telegrama siguiente:

“S. A. I., el archiduque Fernando Maximiliano de Austria, ha tomado definitivamente la resolución de embarcarse para México en todo el mes de marzo próximo.”

La *Gaceta Oficial* de México reprodujo ese telegrama el 30 de enero. El general Bazaine se hallaba, pues, al corriente de los proyectos del archiduque; tal es la explicación de la pequeña nota que escribió en la carta del coronel Jeannigros: “Acusar recibo y gracias. No hace saber

nada distinto de lo que ya sabía el general.—13 feb.”

Algunos días más tarde, el 16 de febrero, el correo entregó al general Almonte una carta del príncipe, uno de cuyos pasajes disipaba las últimas dudas acerca de su aceptación:

“Cuando los votos libremente externados de los Estados de Morelia, San Luis Potosí, Guanajuato y Guadalajara, hayan venido á añadirse á los de los Estados que han ratificado ya el voto de los Notables de México, y de esa suerte las provincias centrales, que son las más ricas y pobladas, se hayan pronunciado por el Imperio, tendré el derecho de esperar que continuando el movimiento monárquico, bajo los impulsos del partido del orden, todo el país no tardará en seguir el mismo ejemplo.

“Podré, en su consecuencia, en tal caso, aceptar definitivamente la corona, puesto que es probable que de aquí á entonces todas las cosas podrán ser arregladas en Europa. Sirvase, pues, mi querido general, hacer que, tan luego como la Regencia conozca las adhesiones de referencia, ella las transmita al presidente de la diputación, quien entonces, acompañado de aquellos de los delegados que á la sazón se encuentren en Europa, deberá dirigirse sin tardanza á Miramar para presentármelas.

“Esté vd. persuadido de que, á partir del momento de mi aceptación definitiva, me esforzaré, en cuanto me sea posible, por acortar el plazo de mi partida para mi nueva patria.

“Encargo al barón de Pont de hacer conocer á vd. mis miras acerca de muchos puntos de detalle y soy, mi querido general, con sincera estimación, su afectísimo

“MAXIMILIANO.

“Miramar, 26 de diciembre de 1863.”

Todavía más formal era una segunda carta del archiduque, igualmente dirigida al general Almonte y fechada el 10 de enero de 1864:

“Mi querido general:

“Sus comunicaciones del 27 de noviembre último me han informado de los detalles de la crisis que acababa de atravesar la Regencia y la cual terminó con el retiro de monseñor Labastida.

“A la distancia en que me encuentro todavía del teatro de los sucesos, no pretendo pronunciarme acerca de la cuestión que originó la crisis. Pero todo me induce á creer, por ahora, que vd. hizo bien en evitar un conflicto con la autoridad francesa, dejando subsistir provisionalmente el *statu quo*, lo mismo que soy de opinión que la patria deberá agradecer á vd. la perseverancia y la abnegación de que ha dado pruebas desde el origen de la intervención.

“Le agradezco, querido general, las buenas noticias que me da acerca del progreso de las operaciones militares en el interior del país. Ellas permiten esperar que dentro de pocas semanas,

conoceremos el voto del resto de la nación acerca de sus futuros destinos.

"Mi resolución, lo repito, está tomada desde el 3 de octubre y luego que hayan llegado á su término las negociaciones relativas á las garantías que indispensablemente deben obtenerse para la nueva monarquía, lo que espero que no tarde, estaré listo á ceder á los deseos de los mexicanos.

"Crea, mi querido general, en los sentimientos del alta estima con que soy su afectísimo

"MAXIMILIANO.

"Miramar, 10 de enero de 1864."

Por su parte, el emperador Napoleón III, tranquilizado por el nuevo y favorable aspecto que parecían adquirir los acontecimientos, contemplaba el porvenir con mayor serenidad. Atribuía equitativamente todo el mérito de la mejoría al general Bazaine y como no era ingrato, encontraba placer en manifestarle de nuevo su satisfacción en su correspondencia confidencial.

"Palacio de las Tullerías, 15 de febrero de 1864.

"Mi querido general:

"Estoy muy contento con las noticias recibidas de México. Su carta de 5 de enero, de Guadalajara, me acaba de llegar y le felicito por sus éxitos.

"Si no le he escrito desde hace un mes, es porque nada de particular tenía que decirle; y encuentro que vd. desempeña con tanto celo y ac-

tividad mis intenciones, que no tengo sino otorgarle *carta blanca* y decirle que haga, para el mejor éxito, lo que juzgue conveniente. Lo único que me inquieta es el voto en favor del archiduque. ¿Será unánime y podremos contar con un sufragio que á los ojos de Europa tenga la apariencia del voto nacional? Trate de arreglar eso de la mejor manera posible.

"El diputado M. Corta va á México á reemplazar á M. Budin. Pienso que vd. se entenderá bien con él.

"Adios, mi querido general: reciba la seguridad de toda mi confianza y de mi amistad.

"NAPOLEÓN.

"En resumen: nada de reacción, ejército mexicano no muy numeroso pero bueno: orden restablecido y seguridad en los caminos. Si el archiduque recibe las adhesiones, piensa partir en marzo ó abril."

El horizonte se despejaba. La solución entrevista se aproximaba y merced al deseo que todos tenían de acabar, se la juzgaba excelente, puesto que se deseaba que lo fuera.

Quedaba la famosa cuestión del "voto nacional." ¿Cómo obtener un voto serio en un país que carece de registros del estado civil, y en medio de una población de indios ignorantes y analfabetas? Esta dificultad fué ladeada de una manera muy hábil.

Todo se arregló para recoger, en la mayor

parte de las localidades, las adhesiones de algunos notables, y luego las actas, cuyas firmas legalizaban las municipalidades, eran reproducidas en la *Gaceta Oficial*.

Con relación á cada acta se hacía figurar, no el total de los firmantes, sino la cifra de la población de la localidad, como si todo el mundo, hombres, mujeres y niños, hubiese votado. De esa manera, se llegaba á establecer que, de los 8,620,982 habitantes que México tenía á fines de 1862, 6,445,564 se habían adherido al imperio.

Presentados de tal suerte los resultados, parecían muy seductores y á propósito para causar en los espíritus, tanto allende como aquende los mares, una impresión seria. Desde hacía tres meses, la *Gaceta Oficial* no cesaba de publicar actas semejantes y viendo figurar en ellas sucesivamente todos los grandes centros de población, como los Estados de San Luis Potosí, León, Querétaro, Guadalajara, Zacatecas, Aguascalientes, Guerrero, Guanajuato, Tehuantepec y Yucatán, los distritos de Tulancingo, Pachuca, Tlaxcala, Huamantla, Perote, Jalapa, etc., etc., era fácil hacerse ilusiones acerca del alcance del movimiento.

Estas voluminosas actas fueron enviadas oficialmente al señor Gutiérrez Estrada, á fines de febrero. Francia las esperaba acaso con mayor paciencia que el archiduque Maximiliano.

Acababan de verificarse, en efecto, grandes debates en las Cámaras y el mariscal Randon, ministro de la guerra, los resumía de este modo en carta confidencial dirigida al general Bazaine:

“En la discusión del Mensaje, la expedición de México tuvo, como debía esperarse, mucha parte en los ataques de la oposición.

“La política del Emperador triunfó gracias al talento con que la sostuvo el señor ministro de Estado (1); gracias también á la confianza que yo he procurado hacer nacer acerca de los resultados que lograrán obtener la prudencia y la firmeza de vd. Me parece que hoy mejor que nunca podemos esperar que antes de fin de año vd. podrá devolvernos algunos de sus regimientos, según me lo asegura vd. en su última carta. Este sería un hecho más concluyente que todos los discursos de los más elocuentes oradores.”

Pero estos felices resultados obtenidos simultáneamente en México y en Francia no satisfacían por igual á todos.

México poseía numeroso personal de expresidentes, de exministros y de generales que se creían en disponibilidad y no retirados y que, después de haber descendido del poder, no aspiraban sino á recobrarlo.

Mientras duró el período de incertidumbres y de perturbaciones, conservaron la esperanza y esperaron con bastante paciencia. En este momento, el porvenir parecía fijarse: de esa suerte, algunos de entre ellos juzgaron llegada la oportunidad de provocar la continuación del desorden y el fracaso del movimiento favorable á Maximiliano. Uno de los primeros en intentarlo fué el ge-

[1] M. Billault.



neral A. L. de Santa Anna, que seis veces distintas había sido presidente ó dictador.

Santa Anna había desempeñado papel considerable en los asuntos de su país. Su inmensa fortuna le había conservado sólidas amistades. No pudiendo luchar contra Juárez, habiase hecho á un lado, más por habilidad que por prudencia y desde su retiro de la isla de Santo Tomás vigilaba el curso de los acontecimientos.

Ya se vió de qué manera acogió la primera noticia de la candidatura del Archiduque. Feliz al encontrar un apoyo para combatir al gobierno de Juárez, que parecía solidificarse, había sido uno de los primeros en animar al señor Gutiérrez Estrada en sus gestiones. Pero comenzaba ahora á encontrar que éstas habían tenido mucho éxito y juzgaba llegado el momento de operar un cuarto de conversión y de detener un movimiento que no tendía á la realización de sus secretos deseos. El 22 de febrero, llegó á Veracruz inopinadamente, acompañado de su hijo y á bordo del paquete inglés "Comway."

No era un amigo el que se nos venía encima: nos detestaba cordialmente; y su odio, no por antiguo dejaba de ser inmotivado. En 1838, la escuadra francesa, bajo las órdenes del almirante Baudin y con el príncipe de Joinville al mando de la corbeta "La Criolla," atacó á Veracruz que estaba defendida por Santa Anna; en el bombardeo del fuerte de San Juan de Ulúa, una granada le quitó una pierna. No nos lo perdonó nunca.

Informado de su presencia el comandante Ma-

rechal, gobernador de Veracruz, previno en seguida al general Bazaine. Este comprendió en el acto las dificultades que podría suscitarle semejante hombre. Previno inmediatamente al gobernador que no le dejara saltar á tierra, sino hasta que hubiese firmado una acta de formal adhesión al nuevo orden de cosas establecido en México.

Con la mejor voluntad del mundo se prestaron á esta exigencia Santa Anna y su hijo. Poseemos el original de esa acta, cuya es la siguiente reproducción:

"Yo, el subscripto, declaro por mi honor que me adhiero á la intervención francesa y reconozco como único gobierno legítimo, la monarquía proclamada por la asamblea de los notables con el título de Imperio mexicano y con el príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, por emperador de México.

"Me comprometo igualmente á abstenerme de cualquiera demostración política y á no hacer nada ni por escrito, ni de palabra, que tienda á hacer suponer que vuelvo á mi país de otra manera que como simple ciudadano.—*A. L. de Santa Anna.*—A bordo del paquete inglés "Comway," el 27 de febrero de 1864.

"Me comprometo, lo mismo que mi padre, en las condiciones enunciadas anteriormente.—*Angel L. de Santa Anna.*—Rectificado el lugar en que se puso la firma (1).—El comandante superior.—*H. Marechal.*"

[1] El papel llevaba primitivamente la mención: "En Veracruz, á . . ."

Razón tenía el general Bazaine para desconfiar de Santa Anna y para imponerle una declaración de esta naturaleza; pero incurría en error al figurarse que esta declaración obligaría en algo á Santa Anna. Este se lo hizo ver pronto.

En efecto: apenas desembarcado y mientras escribía al presidente de la Regencia, general Almonte, exedecán suyo durante la campaña de Tejas, en 1836, y más tarde su ministro de la guerra, después de la revolución de Guadalajara, para asegurarle que su regreso al suelo natal no tenía más objeto que el de cooperar, en la medida de lo posible, á la consolidación del régimen adoptado por la nación; y mientras ofrecía sus servicios al gobierno, rogándole que en respuesta le transmitiese las instrucciones que juzgara convenientes, redactaba una proclama hostil á ese mismo gobierno y hacía expedir ese llamamiento á sus partidarios de México y de Orizaba, en donde fué publicada, en el periódico *El Indicador*, con fecha 3 de marzo.

Tan pronto como el general Bazaine tuvo noticia de ese documento, negación de la palabra de honor comprometida la víspera, comprendió que nada bueno podía esperarse de la presencia de semejante hombre en el territorio mexicano y le ordenó que inmediatamente saliera de México con su familia. Sin pérdida de tiempo, el almirante Bosse le embarcó en la corbeta "Colbert," que le dejó en la Habana (12 de marzo.)

Luego fué publicada en la *Gaceta Oficial* una nota que prohibía la reproducción y comunica-

ción de su manifiesto y amenazaba con proceder contra cualquier infractor. La energía del comandante en jefe cortó por lo sano estas veleidades opositoristas y desembarazó á la Regencia primero y más tarde á Maximiliano de este hombre peligroso.

En cuanto á él, de la Habana se dirigió á su espléndido retiro de la isla de Santo Tomás. Desde allí, befando la medida que contra él se tomara, tuvo la audacia de quejarse á Napoleón III de los procedimientos del general Bazaine á su respecto, protestando contra su expulsión y reclamando su derecho de volver á México.

¿Fué porque el soberano ignoraba quizás todavía cuál fuera su conducta, cuando llegó la carta á París; ó fué acaso porque, hallándose próxima la partida de Maximiliano, el Emperador no quiso acentuar la ruptura con un hombre que antaño había deseado el restablecimiento de la monarquía y cuya influencia merecía todavía algunas consideraciones? Es lo cierto que Napoleón III llevó su condescendencia hasta el punto de responderle y que lo hizo en términos seguramente más dulces de lo que él se merecía y los cuales tenían el defecto de aparentar censurar la medida tan justa y tan necesaria, sin embargo, del comandante en jefe.

"París, 15 de mayo de 1864.

"General:

"Lamento vivamente lo que ha pasado y la rigurosa medida que se ha juzgado necesario to-

mar respecto de vd.; pero ahora que el Emperador de México ha tomado las riendas del gobierno, á él toca decidir lo que deba hacerse; ya le envié la carta que vd. me escribió.

“Ruégole, general, que reciba los sentimientos de mi estimación, etc.

#### NAPOLEÓN.”

Tan benévolo procedimientos no fueron parte para apaciguar la cólera de este perpetuo candidato á la presidencia de México, de este inveterado enemigo de Francia. Habiendo mantenido Maximiliano la medida de expulsión dictada contra él, volvió los ojos á los Estados Unidos y ya que no obtuviera su intervención activa, como lo solicitaba, contribuyó por lo menos á hacer que el gabinete de Washington asumiera esa actitud conminatoria ante la cual aparentó ceder el gobierno francés cuando retiró sus tropas y abandonó su obra.

#### CAPITULO VIII

**Pacificación del país.**—El general Uraga.—Don Juan Alvarez.—Los resguardos.—La legión extranjera.—Cartas del Emperador y del mariscal Randon (31 de marzo de 1864).—El banco de México.—El instituto.—Aprehensiones del ministro de la guerra (29 de febrero, 15 de abril, 1º de mayo de 1864).—Temores respecto de los Estados Unidos.—Exitos militares.

A despecho de dificultades y de oposiciones, la obra de la pacificación del país continuaba cumpliéndose. En tanto que nuestras columnas expedicionarias daban caza á los últimos conjuntos armados, la masa de la población, tanto por necesidad como por gusto, por ser más amante del reposo que de la política, se aprestaba á recibir al nuevo gobierno. Ya no se soportaba ese estado de perpetua guerra y cualquiera que fuese aquel que viniera á ponerle término, podía estar seguro de ser bien acogido.

La perspectiva de más calmados tiempos iba produciendo sus efectos: el comercio recomenzaba, la confianza renacía y adhesiones más significativas que las primeras daban muestras de las tendencias más favorables de gran número de mexicanos. Entre éstas deben citarse la de Núñez, exministro de Hacienda de Juárez, la de Díaz Mirón, exgobernador del Estado de Veracruz: